

das las diligencias necesarias. Y no faltaban letrados que lo fundaban y sustentaban; y así, estuvo siempre muy recatado para no exceder en su cargo, fuera del intento principal, sin matar ni castigar hombre ninguno ni tomar á nadie su hacienda, como otros capitanes hacían. Hernando Mejía, entendido el engaño en que estaba, se declaró más con él, diciéndole que, sabida la voluntad de su majestad, que venía cometida al Presidente, no había para qué esperar otra nueva declaración ni respuesta, y que le hacía saber que toda la gente estaba determinada de hacer lo que el Presidente mandase, y que él sería el primero; por tanto, que no se dejase engañar, colorando el mal camino en que andaban con pareceres de letrados que eran de la misma liga, pues no había nadie que no entendiese la verdad del negocio. Hinojosa le pidió término para responderle otro día; y así, le envió á llamar y se determinó de hacer lo que le aconsejaba, y juntos se fueron á la posada del Presidente, donde Hinojosa se ofreció á su servicio en nombre de su majestad, y le entregó la obediencia, y allí fueron llamados todos los capitanes, y juntos hicieron pleitomenaje de obedecer al Presidente y tener secreto de lo que pasaba hasta que les fuese mandado otra cosa; y así se hizo, sin que los soldados supiesen descubiertamente lo que pasaba, aunque algunos lo entendían por conjeturas, porque vían que el Presidente proveía en todos los negocios y que los capitanes iban y venían á su casa muy á menudo, y le trataban en público y en secreto como á superior. Y viendo el Presidente los inconvenientes que podían suceder de la dilación, determinó despachar al mismo Lorenzo de Aldana, que con tres ó cuatro navíos, y en ellos hasta trecientos hombres, fuese á correr la costa del Perú y á tomar el puerto de la ciudad de los Reyes para recoger los servidores de su majestad; porque, sabido por Gonzalo Pizarro lo que pasaba, no tuviese lugar de proveerse de espacio ni de matar á los que él tenía por sospechosos en favor de su majestad como muchas veces entre sus capitanes se trataba; y así, con gran presteza fueron despachados cuatro navíos, yendo por general dellos Lorenzo de Aldana y por capitanes Hernando Mejía y Juan Alonso Palomino y Juan de Illanes. Y para esto se hizo reseña general, y públicamente en ella se entregaron las banderas al Presidente, y él las tornó á los mismos capitanes que las tenían, nombrándolos de nuevo por su majestad, y dejando por general de todo el ejército á Hinojosa, como antes lo era; y embarcaron los trescientos hombres, y se dió paga á los que dellos fué necesario, y se hicieron á la vela, llevando consigo al provincial de santo Domingo, por ser persona tan señalada, que con sola su autoridad bastaba para que todas las personas dudosas le diesen crédito. Asimismo llevaban muchos traslados de las provisiones reales y del perdón, con orden que si fuese posible no tocasen en tierra ni fuesen sentidos hasta que llegasen al puerto de los Reyes, por lo mucho que importaba tomar de sobresalto á Gonzalo Pizarro, aunque esto no se pudo hacer por la causa que adelante se dirá. Y á esta sazón llegó el arzobispo de los Reyes y Gomez de Solís, que holgaron de todo lo sucedido y se proferieron al favor y servicio del Presidente, el cual envió á don Juan de Mendoza á la Nueva-

España con cartas para el visorey don Antonio de Mendoza, para que le socorriese con toda la gente que se pudiese juntar en aquella provincia, y á don Baltasar de Castilla para Guatimala y Nicaragua para lo mismo, y á otras personas á Santo Domingo, para que de todas partes le viniese el socorro que fuese posible, creyendo que había de ser necesario.

## CAPITULO X.

De lo que sucedió á Pedro Hernandez Paniagua en su mensaje, y de lo que Gonzalo Pizarro proveyó sabida la entrega de la armada.

Pedro Hernandez Paniagua (á quien tenemos dicho que el Presidente despachó con cartas para Gonzalo Pizarro) llegó al Perú al tiempo que esperaba nuevas de lo que en Panamá había sucedido con la ida de Lorenzo de Aldana, que fué mediado el mes de enero del año de 47; y tomando tierra en Tumbéz, llegó á San Miguel, y un Villalobos, que allí era teniente por Gonzalo Pizarro, le prendió y tomó los despachos, y á muy gran priesa los envió á los Reyes por vía de Diego de Mora, que también era teniente en Trujillo. Visto todo por Gonzalo Pizarro, despachó una persona de confianza que trajese consigo á Paniagua, avisándole que no le dejase hablar con nadie por el camino; el cual fué y le trajo, y dadas sus creencias y despachos á Gonzalo Pizarro en presencia de todos los capitanes, le mandó que dijese todo lo que se le había mandado, demás de las cartas, certificándole que por cosa de las que allí pasase no rescibiría daño ni perjuicio ninguno. Y apercibiéndole con esto que si fuera de allí trataba con ninguna persona en público ni en secreto sobre cosa tocante al Presidente, cualquier indicio bastaría para le cortar la cabeza; y luego Paniagua declaró osadamente su embajada; y dicha, le mandaron salir, y hubo algunos votos para que lo matasen, porque decían que trataba con algunos de quien se fiaba las cosas de su opinión; y con todo esto, Gonzalo Pizarro no mostró á ninguno de sus capitanes la carta que el Presidente le escribió ni la que de su majestad le dieron. Todos sus parciales le decían que no convenía que el Presidente entrase en el Perú, y algunos en su presencia decían contra su majestad y contra él palabras muy desacatadas, porque desto mostraba holgarse Gonzalo Pizarro; y luego escribió á la villa de Plata al capitán Carvajal para que con brevedad se viniese á los Reyes, y trajese todo el oro y plata y arcabuces y otras armas que tenía; lo cual se proveyó, no tanto porque se entendiese que sería necesario para defensa ni aparejo ninguno de guerra (pues ni se sabía ni se podía saber la entrega del armada, ni lo demás sucedido en Panamá), como por remediar las grandes quejas que había del capitán Carvajal en toda la tierra, por las muertes y robos que á cada paso hacía. Unos decían que era para castigarle en su persona, y otros por tomarle más de ciento y cincuenta mil pesos suyos que había robado en aquella conquista. En este tiempo se trataban las cosas en Lima tan estrechamente, que nadie se osaba fiar de otro ni decir palabra que tocase á los negocios; porque cualquiera ocasión, por liviana que fuese, bastaba para ser muertos. Y ya Gonzalo Pizarro andaba tan recatado,

que, estando enfermo el licenciado Zárate (cuya intención había sentido en muchos negocios ser contra él), aunque tuvo su hija casada con su hermano, le hizo dar unos polvos para remedio de su enfermedad, con los cuales, según se tuvo por cierto y lo dijeron después algunos criados de Gonzalo Pizarro, le mató; como quiera que sea, mostró haberse holgado con su muerte; luego Pedro Hernandez Paniagua comenzó á negociar su vuelta por medio del licenciado Carvajal, contra opinión de los otros capitanes, que no quisieran que saliera de allí, lo cual fuera para él gran peligro, especialmente si no fuera partido cuando llegó la nueva de la entrega del armada, que, aunque entonces no se sabía en los Reyes, se tenía dello muy mal concepto, por la mucha tardanza que había en venir nuevas de Panamá; y con sola esta sospecha, Gonzalo Pizarro escribió á Pedro de Puelles, que estaba por él en Quito, y á todos los otros sus capitanes, apercibiéndoles que no se descuidasen, y tuviesen á punto su gente. Y á esta sazón llegó el capitán Carvajal de los Charcas con ciento y cincuenta soldados y trecientos arcabuces y más de trecientos mil pesos; y el día que entró en los Reyes se le hizo un muy solemne rescibimiento, saliendo en él Gonzalo Pizarro y todos los de la ciudad, sin faltar ninguno, con mucha música y fiesta. Y en aquel tiempo vinieron nuevas de Puerto-Viejo cómo habían visto los cuatro navíos, y que en reconociendo la tierra, habían vuelto de otro bordo á la mar, sin tomar puerto ni proveerse de cosa ninguna, como los otros navíos lo solían hacer ordinariamente; lo cual se tuvo por mala señal, y que eran de guerra.

## CAPITULO XI.

Cómo la armada del Presidente llegó al puerto de Trujillo, y la rescibieron Diego de Mora y otros, reduciéndose al servicio de su majestad.

Desde que Gonzalo Pizarro tuvo las nuevas de los navíos que tenemos dichos, pasó algún tiempo que no se pudo certificar más de la verdad, ó porque ellos se apartaban de tierra cuanto podían, ó porque Diego de Mora, teniente de Gonzalo Pizarro en Trujillo, retenía las cartas que sobre ello se escribían. Con lo cual ninguno en los Reyes podía atinar qué cosa fuese, aunque se puso con esto Gonzalo Pizarro en gran cuidado; y de día y de noche le hacían guardia los vecinos y los soldados, como cada uno podía, mostrando contentamiento, como si de voluntad lo hicieran. Y á este tiempo Lorenzo de Aldana llegó con los navíos al puerto que llaman de Mal-Abrijo, que es cinco ó seis leguas antes de Trujillo. Y como Diego de Mora había sabido la venida de estos navíos por el mensajero que trajo la nueva dellos de Puerto-Viejo, aunque no entendía certificadamente quién venía en ellos ni para qué efecto, con otros muchos vecinos de la ciudad de Trujillo se embarcó en un navío que estaba en su puerto, llevando muchos bastimentos de armas y comida, con designo de ir á buscar los navíos, y juntarse con ellos á do quiera que los hallase; porque, de cualquier opinión que fuese, lo podía hacer muy á su salvo, pues siendo de Gonzalo Pizarro, podía decir que salía á saber nuevas y llevarles bastimentos, y siendo de su majestad, cumplía mejor

su voluntad juntándose sus capitanes con ellos. Y así, quiso su ventura que el mismo día que salieron del puerto los toparon, y sabida la verdad de la jornada, con gran placer de todos se juntaron y redujeron en uno; y habiendo proveído Diego de Mora á toda la armada del refresco necesario, aquella noche se vinieron al puerto, y sin saltar en tierra, se ordenó que Diego de Mora, con toda aquella gente, se fuese á la provincia de Caxamalca, para que allí con más seguridad pudiesen esperar el tiempo en que fuese necesaria su ayuda, y en el entre tanto recoger la gente que por allí acudiese; y despacharon mensajeros con cartas y provisiones para los Chachapoyas y á Guanuco y á Quito y á las entradas de Mercadillo y Porcel, para que todos acudiesen al servicio de su majestad. Estas nuevas de lo sucedido en Trujillo llegaron con mucha brevedad á noticia de Gonzalo Pizarro, por medio de un fraile de la Merced, que siempre se había seguido y favorecido, diciendo solamente la salida de Diego de Mora y de los vecinos, sin afirmar ni poder saber que se habían juntado con la armada. Por lo cual Gonzalo Pizarro creyó que se iban á Panamá á juntar con el Presidente, por lo cual proveyó con brevedad por teniente de aquella ciudad de Trujillo al licenciado García de Leon, que hasta entonces había traído consigo, y le envió en un navío con hasta quince ó veinte soldados, á los cuales proveyó de los indios de todos aquellos que se habían ido con Diego de Mora, y juntamente envió al comendador de la Merced de aquella ciudad para que en aquel mismo navío tomase consigo las mujeres de los huídos, y las llevase á Panamá á sus maridos para se las entregar; y las que había viudas enviaba señaladas personas con que se casasen; y si no quisiesen, las llevasen con las otras á Panamá; y aunque para tan desordenada provision se daban diversas razones y colores, la verdadera era quererse apoderar Gonzalo Pizarro, no solamente de los indios de los huídos, pero también de sus casas y granjerías, sin que estuviesen presentes las mujeres, que lo habían de defender por la mejor vía que pudiesen, ó á lo menos les habían de dar dellos alimentos y las cosas necesarias. Pues saliendo el licenciado Leon con el navío, dende á pocos días toparon con el armada; y juntándose con ella, se redujeron al servicio de su majestad, unos porque deseaban esta ocasión mucho tiempo había, otros porque no pudieron hacer menos sin que Lorenzo de Aldana los justificase; y enviaron al comendador de la Merced, por tierra, á los Reyes, á hacer saber á Gonzalo Pizarro la razón de su venida, y para que hablase so este color á las personas particulares en quién conociese buena intención, avisándolos que se saliesen al puerto, porque siempre acudirían los bateles á recoger gente. Sabido esto por Gonzalo Pizarro, mandó recoger al Comendador, y que no hablase ni tratase en público ni en secreto con ninguna persona, mostrando siempre muy gran queja de Lorenzo de Aldana por la burla que le había hecho, y diciendo que si él siguiera la voluntad de los principales de su campo le hubiera muerto mucho tiempo había; y todos públicamente le decían que él tenía la culpa por no lo haber hecho. Y sabida tan á la clara la venida de la armada, y la necesidad que tenían de prepararse

para la guerra, que esperaban que entre tanto que la armada subía desde Trujillo á los Reyes, que aunque la distancia no es mas de ochenta leguas, la navegacion dellas es de la dilacion que tenemos dicho. Gonzalo Pizarro comenzó á poner en orden y juntar su gente y meterla debajo de banderas, porque hasta entonces la seguridad que pensaba tener le habia hecho descuidar; y así, nombró nuevos capitanes y les repartió la gente desta manera: señaló por capitanes de gente de caballo al licenciado Carvajal y al licenciado Cepeda, porque le pareció que estos estaban muy prendados en su favor. Y señaló por capitanes de arcabuceros á Juan de Acosta y Juan Vélez de Guevara y á Juan de la Torre, y por capitanes de piqueros á Hernando Bachicao y á Martin de Robles y á Martin de Almendras, y proveyóse que Francisco de Carvajal fuese maestro de campo, como hasta allí lo habia sido, y que tuviese para su guardia cien arcabuceros de los que él habia traído de los Charcas, que todos estaban bien encabalgados. Tocáronse atambores para este efecto, y diéronse pregones para que todos los estantes y habitantes de la ciudad, de cualquier suerte que fuesen, se recogiesen á las banderas y fuesen á resebir paga, so pena de muerte. Y repartiéronse las pagas entre los capitanes desta manera: á los dos capitanes de caballos se dieron cincuenta mil castellanos para que hiciesen cada uno cincuenta de caballo; demás de los cuales, se pusieron debajo de sus estandartes muchos mercaderes y personas pacíficas, que, aunque se entendía que no habian de pelear, se concertó con ellos que se librasen con dar cada uno unas armas y un caballo, y así las dieron; y otros que no las tenían lo reducían á dineros. A Martin de Robles se dieron veinte y cinco mil castellanos para ciento y treinta piqueros que recogió, á Hernando Bachicao se dieron otros veinte mil castellanos para ciento y doce piqueros, á Juan Vélez de Guevara se dieron otros veinte y cinco mil castellanos para ciento y cuarenta arcabuceros, y otro tanto á Juan de Acosta para otros tantos arcabuceros, y á Juan de la Torre se dieron doce mil castellanos para cincuenta arcabuceros con que hacia guardia ordinaria á Gonzalo Pizarro, y á Martin de Almendras se dieron otros doce mil castellanos para cuarenta y cinco piqueros. Nombróse por alferez general del estandarte Antonio Altamirano, vecino y regidor de la ciudad del Cuzco, con ochenta de caballo que le guardaban, y diéronsele doce mil castellanos para socorro de algunas necesidades, porque la gente de ninguna paga ni socorro tenia necesidad, por ser todos vecinos y los mas ricos de la tierra. Luego sacaron todos sus banderas y hicieron reseña de la gente. El licenciado Cepeda sacó en su estandarte á nuestra Señora, el licenciado Carvajal puso á Santiago, el capitan Carvajal sacó lo misma bandera que trajo en la guerra de los Charcas; el capitan Guevara sacó unos corazones con una cifra dentro en ellos que decía «Pizarro», el capitan Bachicao sacó una cifra, que era una G grande revuelta en una P, que decía «Gonzalo Pizarro», con una corona de rey encima; y así los otros de diferentes maneras, y en solo el estandarte habia las insignias reales. Luego repartieron su guardia y velaron la ciudad de noche con mucha diligencia; Gonzalo Pizar-

ro entendia por su parte en dar socorros á muchos soldados que no estaban debajo de bandera, y á otros que estaban daba ventajas, demás de lo que habian resebido, de á mil y á dos mil castellanos, segun los méritos él conocia de cada uno. Hizo reseña general, y salió él á pié con la infantería. Juntáronse entre todos mil hombres tan bien armados y aderezados como se han visto en Italia en la mayor prosperidad, porque ninguno habia, demás de las armas, que no llevase calzas y jubon de seda, y muchos de tela de oro y de brocado, y otros bordados y recamados de oro y plata, con mucha chapería de oro por los sombreros, y especialmente por frascos y cajas de arcabuces. Habia mucha cantidad de pólvora; trató luego que todos los soldados se encabalgasen, y para este efecto compró todas las yeguas y machos y caballos que pudo haber, y muchos tomó sin paga. Gastóse en toda la costa número de mas de quinientos mil castellanos. Despachó á Martin Silveira para que fuese á la villa de Plata á traer la gente y dineros que allí habia. Envió á Antonio de Robles al Cuzco para traer la gente que allí tenia Alonso de Hinojosa, su teniente; escribió á Lucas Martin, teniente de Arequipa, que luego viniese con la gente de aquella villa; envió á mandar á Pedro de Puelles, teniente de Quito, que acudiese con la gente de aquella provincia; despachó para que los capitanes Mercadillo y Porcel, dejadas las entradas en que entendian, trajesen toda la gente á Lima, y lo mismo el capitan Saavedra, que era teniente de Guamanga; y desta manera fueron mensajeros á todas partes, convocando la gente y enviando instrucciones para los capitanes de la forma en que la habian de traer, mandando en suma que no dejasen en todas sus jurisdicciones armas ni caballo ni otro ningun aparejo que diese ocasion á la gente de acudir al Presidente, justificando con todos su causa por las mas coloradas razones que él podia, diciéndoles cómo habiendo él enviado al capitan Lorenzo de Aldana en nombre suyo y de todo el reino á informar á su majestad de todo lo sucedido en la tierra, se habia confederado con el Presidente, y venia contra él con su misma armada, con que se le habia alzado, la cual le costó mas de ochenta mil castellanos; y que, enviando su majestad al Presidente para que entendiese en la quietud y sosiego del reino, de su propia autoridad habia hecho gente, y venia con toda la que habia podido juntar á castigar los que habian excedido en los negocios pasados; y que pues todos habian entendido en ellos, mirasen que tanto le iba á cada uno dellos como á él, pues no habia habido nadie que no le tocara, y que el perdon que decian que traía para los que le favoreciesen, era fingido, porque ya que alguno hubiese, decía que perdonaba lo pasado, lo cual no comprendía la batalla y muerte del Visorey, pues sucedió después de la partida del Presidente; y hasta que su majestad, informado de todo, proveyese de nuevo, él se determinaba resistir la entrada al Presidente, cuanto mas que él estaba informado de muchas personas que se lo habian escrito de España, que su majestad no enviaba al Presidente para quitarle la gobernacion, salvo á que presidiese en la audiencia real, y que estaba él muy cierto dello, porque Francisco Maldonado, á quien él habia enviado á su ma-

jestad, se lo habia escrito, y que lo mismo habia dado á entender el mismo Presidente en la carta que le escribió con Pedro Hernandez Paniagua, sino que después sus mismos capitanes le habian engañado y héchole entrar en la tierra con mano armada; de lo cual seria su majestad muy deservido cuando lo supiese; y pretendia fundar por estas y otras razones que el Presidente habia cometido gran delito en detener los mensajeros, y que por ello se le podia hacer justamente la guerra.

## CAPITULO XII.

Cómo se acordó que el licenciado Carvajal fuese á correr la costa con cierta gente, y después no lo enviaron por tenelle por sospechoso.

En este tiempo Gonzalo Pizarro y su maestre de campo y otros que le aconsejaban, determinaron buscar nueva forma para justificar su causa con los soldados y con el pueblo, y esta fué, que llamando todos los letrados que habia en aquella ciudad de los Reyes, les propuso el delito que decian haber cometido el Presidente en el detenimiento de los navíos, y entrar en la tierra con gente de guerra, contra la comision y mandato que de su majestad traía, persuadiéndoles que seria justo y conforme á justicia hacer proceso contra el Presidente y contra sus capitanes y los demás que le seguian; y los letrados, no osando contradecir la voluntad de Gonzalo Pizarro, concedieron en ella; y así, se hizo el proceso, y dende á pocos dias ordenó una sentencia, cuya sustancia era: que, vistos los delitos que resultaban de aquella informacion contra el licenciado de la Gasca y sus capitanes, hallaba que le debia condenar y condenaba á que le fuese cortada la cabeza, y Lorenzo de Aldana y Hinojosa fuesen hechos cuartos; y desta manera condenaron á cada capitan en el género de muerte que le parecia; la cual sentencia hizo firmar al licenciado Cepeda, oidor, y enviándolo á firmar á los otros letrados, uno dellos, llamado el licenciado Polo Hondegado, natural de Valladolid, fué á Gonzalo Pizarro, y le dijo que no convenia pronunciarse aquella sentencia, porque podria ser que sus capitanes que ayudaban al Presidente se quisiesen después reducir, lo cual no osarian hacer si supiesen que estaban tan cruelmente condenados, y que, demás desto, el Presidente era clérigo de misa, y que incurrian en pena de excomunion mayor los que firmasen tal sentencia. Y con estas razones se sobreseyó y no se acabó de despachar. En este tiempo tuvo Gonzalo Pizarro noticia cómo los navíos de Lorenzo de Aldana eran salidos de Trujillo y venian la costa arriba, y luego proveyó que Juan de Acosta fuese con cincuenta arcabuceros de caballo á correr la costa y estorbarles que no tomasen agua en los puertos; y así, fué hasta la ciudad de Trujillo, donde estuvo un solo dia, temiendo que Diego de Mora venia sobre él desde Caxamalca, y tambien porque supo que los navíos estaban en el puerto de Santa; y determinó ir allá, y de su venida tuvo noticia Lorenzo de Aldana por ciertos españoles que en balsas le dieron aviso dello; y hizo una emboscada de ciento y cincuenta arcabuceros, que estaban escondidos en unos cañaverales por donde Juan de Acosta habia de pasar, de lo cual él iba bien descuidado si no topara ciertas espías de la ar-

mada, y queriéndolos ahorcar, le descubrieron la celada y le avisaron que si, dejando aquel camino, tomaba el de la mar, toparia algunos marineros que estaban tomando agua, y los envió presos á Gonzalo Pizarro; y aunque los de la emboscada lo sintieron, no fueron parte para quitarles la presa, por estar á pié, y sus contrarios á caballo, y ser la tierra muy arenosa; y con tanto, se tornó Juan de Acosta al puerto de Guaura y esperó allí lo que Gonzalo Pizarro mandaba, el cual rescibió muy bien los presos, y les restituyó sus armas y los mandó dar de vestir y posadas, y los asentó á cada uno en la compañía que quiso, y dellos tuvo entera relacion de la gente que venia en la armada y de todo lo demás sucedido en Panamá, y de los socorros por que el Presidente habia enviado á diversas partes de las Indias; y dellos tambien supo cómo Lorenzo de Aldana habia echado en tierra á fray Pedro de Ulloa, fraile dominico, en hábito de lego, para que publicase por todas partes el perdon; y enviándolo á buscar, le hallaron; y traído á Gonzalo Pizarro, le hizo meter en una sima que tenia hecha junto al alberca de su huerta, donde habia abundancia de sapos y culebras, hasta que con la ocasion de la venida del armada se soltó, como adelante se dirá. Y luego se determinó que el licenciado Carvajal fuese con trecientos arcabuceros de caballo y con la gente de Acosta la costa abajo hasta llegar á Caxamalca y deshacer á Diego de Mora. El licenciado se aderezó para ello, y teniendo toda su gente apercebida para se partir, otro dia de mañana el maestre de campo Carvajal habló á Gonzalo Pizarro, y le dijo que en ninguna manera le convenia que el licenciado Carvajal hiciese aquella jornada, porque no tenia dél entera confianza, y que si hasta entonces le habia seguido era para efecto de vengarse del Visorey, lo cual ya estaba hecho, para que se acordase que todos sus hermanos eran criados de su majestad, especialmente el obispo de Lugo, que le servia en cargos tan preeminentes, y que no creyese que se atreveria á tener la opinion contraria de todos ellos, cuanto mas que debia tener memoria cómo le tuvo preso sin causa ninguna y puesto en términos que lo hicieron confesar y hacer testamento para le matar. Con las cuales razones hizo mudar de parecer á Gonzalo Pizarro, y en su lugar envió al mismo Juan de Acosta, con docientos y ochenta hombres, que fuese á hacer lo que estaba cometido al licenciado Carvajal; y llegado camino de Trujillo á la Barranca, que es veinte y cuatro leguas de los Reyes, no pasó de allí por lo que adelante se dirá. En este tiempo el capitan Saavedra, teniente de Guanuco, rescibió cartas de Lorenzo de Aldana, en que le persuadia se redujese al servicio de su majestad; y determinado hacerlo así, so color de juntar su gente para acudir con ella á Gonzalo Pizarro (porque, como está dicho, le habia enviado á llamar con Hernando Alonso, vecino de aquella villa), y salió con ellos, diciéndoles su voluntad de ir á servir á su majestad, y todos se ofrecieron á lo seguir, excepto tres ó cuatro, que se huyeron y fueron á dar noticia de lo que pasaba á Gonzalo Pizarro, y él envió treinta soldados con un capitan que destruyese y talase el pueblo; y cuando ellos llegaron, los indios de la tierra se habian alzado por mandado de sus amigos, y estaban de guerra, y defendieron

la entrada á los españoles, los cuales se tornaron á los Reyes, recogiendo las yeguas y ganados que pudieron haber. El capitán Saavedra, con hasta cuarenta de caballo que le quisieron seguir, llegó á Caxamalca, y se juntó con Diego de Mora y con los demás que estaban allí en servicio de su majestad.

## CAPÍTULO XIII.

De cómo Antonio de Robles fué al Cuzco por teniente, y Diego Centeno salió de la Cueva y juntó gente, y fué sobre él y le mató, y tomó la ciudad.

Llegado Antonio de Robles al Cuzco, á quien, como arriba tenemos dicho, Gonzalo Pizarro enviaba por capitán general á aquella ciudad, Alonso de Hinojosa, que hasta allí lo había sido, le entregó la jurisdicción y el ejército, aunque no pudo dejar de recibir desabrimiento dello, según se creyó; Antonio de Robles comenzó á recoger toda la gente y dineros que pudo, y saliendo con ella hasta Xaquixaguana, que son cuatro leguas del Cuzco, tuvo allí nuevas cómo, después de haber estado Diego Centeno por mas de un año escondido en una cueva (como arriba está dicho), tuvo allí noticia de la venida del Presidente y de las cosas más señaladas que en la tierra pasaban, por lo cual salió luego y comenzó á recoger alguna gente de los que con él habían andado, que estaban escondidos en arcabuzos por huir de la furia de Gonzalo Pizarro y de su maestre de campo; y así, se le juntaron hasta cuarenta hombres, y algunos dellos en los caballos que habían quedado, y los demás á pié y no tan bien armados como era necesario, y determinó dar un asalto en el Cuzco con tanto ánimo como si llevara quinientos hombres. Los principales que con él iban eran Luis de Fíbera y Alonso Pérez de Esquivel y Diego Alvarez y Francisco Negral y Pedro Ortiz de Zárate y Domingo Ruiz, clérigo (á quien comunmente llamaban el padre vizeaíno), y desta manera caminó hasta llegar cerca del Cuzco. Túvose por cierto que algunos principales de la ciudad, por salir de la sujeción de Antonio de Robles, que era hombre de baa suerte y entendimiento y de poca edad, escribieron á Diego Centeno que viniese á esta empresa, que ellos le harían espaldas cómo tuviese buen suceso; y otros afirmaban que el mismo Hinojosa, sentido de lo que Gonzalo Pizarro con él había hecho, le envió á ofrecer su favor; y débese creer lo uno ó lo otro, porque, á no ser así, fuera gran temeridad la de Diego Centeno, acometer á tomar una ciudad en que por lo menos había quinientos soldados á punto de guerra, sin los vecinos, que los más dellos llevaban las dagas atadas en puntas de varas por falta de lanzas ó picas. Como quier que fuese sabido por Antonio de Robles la venida de Centeno, se tornó al Cuzco y se comenzó á apercebir, y cuando supo que estaba una jornada de allí, se puso en arma, juntando un escuadrón de trecientos hombres en la entrada de la plaza, y envió á correr el campo á Francisco de Aguirre, hermano de Perucho de Aguirre, á quien dijimos haber ahorcado el capitán Carvajal, y él se fué á topar con Diego Centeno, y allí se juntó con él, dándole relación de todo lo que pasaba, y en la noche, que fué víspera de Corpus Christi del año de 47, le metió por otra calle diferente, por donde estaba hecho el

escuadrón, y dieron en él por un lado con tanto ánimo como quien iban determinados de vencer ó morir; y como era de noche y el ruido muy grande, no se entendían los unos ni los otros; tanto, que entre los del Cuzco se mataban ellos mismos, por no tener espacio de preguntar el nombre. A Diego Centeno le sucedió bien para este efecto un ardid de que usó, que fué quitar los frenos y sillas á los caballos que llevaba, y echarlos por la calle donde estaba hecho el escuadrón, con indios tras ellos que los amenazasen; y como iban corriendo á toda furia, primero desbarataron y rompieron por la gente, que tuviesen lugar de matarlos ni aun de entender si venía alguno encima dellos. Lo cual pareció mucho á lo que hizo aquel capitán de Cartago, que estando cercado en un valle, buscó salida echando los toros delante y vacas que tenía, con haces de paja encendida atados á los cuernos; finalmente, que Diego Centeno y los suyos pelearon con tanto ánimo, que los del Cuzco se desbarataron y huyeron, quedando Centeno con tanta gloria, que pocas veces se ha visto tan pequeño número de gente vencer á tantos, especialmente dentro de su propia ciudad, que peleaban (como suelen decir los historiadores) por sus fuegos y altares. Túvose por cierto que los que primero huyeron fué alguna gente de Alonso de Hinojosa, á quien él lo había así mandado; pero ni ellos lo dicen, por no confesar su cobardía, ni Centeno lo admite, por no disminuir la victoria. Luego fué Diego Centeno elegido por capitán general del Cuzco en nombre de su majestad, y otro día cortó la cabeza á Antonio de Robles públicamente, y repartió entre la gente hasta cien mil pesos que allí halló, de Gonzalo Pizarro haciéndolos todo buen tratamiento. Nombró por capitanes de infantería á Pedro de los Ríos y á Juan de Vargas, hermano de Garcilaso, y de gente de caballo al capitán Negral, y hizo su maestre de campo á Luis de Ribera. Y así, salió del Cuzco con hasta cuatrocientos hombres la vía de la villa de Plata, con intención de requerir á Alonso de Mendoza, que allí tenía la tierra por Gonzalo Pizarro, que se redujese al servicio de su majestad; donde no, tomar la villa por fuerza de armas. En esta sazón Lucas Martín, á quien Gonzalo Pizarro envió á Arequipa por la gente que allí había, salió para le llevar ciento y treinta hombres á la ciudad de los Reyes, y cuatro leguas de Arequipa su misma gente le prendió, y tomando por capitán á Hierónimo de Villegas, siguieron su camino hasta juntarse con Diego Centeno, que estaba en el Collo, aguardando los conciertos que era ido á tratar Pedro Gonzalez de Zárate, maestreescuela del Cuzco, y halló que era ya llegado á los Charcas Juan de Silveira, sargento mayor de Gonzalo Pizarro, á quien tenemos dicho que envió por la gente de aquella provincia, habiendo ahorcado cinco ó seis hombres en el camino de los que habían seguido á Diego Centeno, y tenía juntos hasta trecientos hombres, y lo que dellos sucedió se dirá adelante.

## CAPÍTULO XIV.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á llamar á Juan de Acosta para que fuese sobre Diego Centeno al Cuzco, y degolló á Antonio Altamirano y á Lorenzo Mejía, y el juramento que hizo hacer á los vecinos de los Reyes.

Llegado á Gonzalo Pizarro las nuevas de todo lo sucedido en el Cuzco, y el alzamiento de Centeno y muerte de Antonio de Robles, y viendo por algunas conjeturas que para ello tenía, que la gente de San Miguel había alzado bandera por su majestad, y que los capitanes Mercadillo y Porcel se habían juntado con Diego de Mora en Paxamalca, por manera que no le quedaba sino solamente la gente que tenía en los Reyes y la de Pedro de Puelles, que estaba en Quito, de quien él tenía seguridad no le faltaría, determinó enviar sobre Diego Centeno al capitán Juan de Acosta con la gente que tenía y con la que más fuese menester, con determinación de seguirle con todo el resto de su campo, que eran novecientos hombres, y entre ellos los vecinos más principales de la provincia, y con ellos allanar la tierra de arriba, y después hacer la guerra á todos los demás, y cuando se viese muy apretado irse al descubrimiento del río de la Plata ó al de Chili, ó á otros muchos que tenían las entradas por la parte superior de la tierra; y esto se entendía por diversas muestras que para ello daba, aunque no mostró tan poco ánimo que lo dijese á nadie; y así, envió á llamar á Juan de Acosta; y como su gente vió tan gran novedad, se alborotaron, y huyeron siete ó ocho dellos, llevando por cabeza á Hierónimo de Soria, vecino del Cuzco, y se huyeron muchos más si no los previniera cortando la cabeza á Lorenzo Mejía, yerno del conde de la Gomera, y á otro soldado de quien tuvo sospecha que se quería ir, y á otros trajo presos á los Reyes; y pocos días antes que llegase, pareciéndole á Gonzalo Pizarro que Antonio Altamirano, vecino y regidor de la ciudad del Cuzco y alférez general de su campo, andaba tibio en los negocios, sin que dél supiese contradicción ni sospecha señalada le hizo dar garrote una noche y después le ahorcó públicamente en el Rollo, repartiendo todos sus bienes, porque era de los más ricos de la tierra; y dió el estandarte real á don Antonio de Ribera, que poco antes había venido de Guamanga con hasta treinta hombres y algunas armas y bestias que había recogido de los vecinos que allí quedaron. Pues viendo Gonzalo Pizarro que sus negocios se empeoraban cada día, y que no le quedaba ya más fuerza de la que tenía en los Reyes, con no tener pocos días antes contradicción en todo el reino, y que si venían á noticia de la gente que le quedaba las provisiones y el perdón y revocación de ordenanzas que traía el Presidente (lo cual hasta entonces no había querido mostrar á nadie), todos le dejarían, determinó buscar la mejor forma que pudo para asegurarse dellos; y esto fué, que hizo juntar todos los vecinos y personas señaladas en su posada, y les hizo proponer el gran cargo en que todos le eran por haberse puesto en tantas guerras y trabajos por defenderles sus haciendas, que tenían y poseían por mano del marqués don Francisco Pizarro, su hermano, y que mirasen cuán justificada tenían su causa con haber enviado mensajeros á dar cuenta á su majestad de todo lo

sucedido en la tierra para esperar la provision después de ser informado de todo; los cuales mensajeros había detenido el Presidente en Panamá, y se había concertado con sus capitanes y tomádole su armada, que le había costado muy gran cantidad de pesos de oro; lo cual hacía por su particular interés, pues estaba notorio que si trajera provision ó orden de su majestad para hacer guerra, se la enviara con Pedro Hernandez Paniagua; y que, no contento con todo aquello, le entraba en su jurisdicción y le hacía guerra y echaba por el reino cartas muy perjudiciales, como era notorio. Por lo cual él tenía determinado resistir la entrada, lo cual á cada uno de todos convenía como á él; pues estaba claro que gobernando la tierra por rigor de justicia, había de tomar cuenta de tantas batallas y muertes y robos como habían sucedido; y conforme á esto, tanto interés le iba á cada uno dellos como á él mismo; y que hasta entonces habían tratado de la defensa de las haciendas, y que de allí adelante se trataba de las honras y personas y haciendas, y que á él le había parecido hacerlos juntar donde estaban, para que, entendido el negocio y su determinación, cada uno le diese su parecer sobre lo que pretendía hacer, libremente, porque él les prometía como caballero hijodalgo, y si menester era, lo juraba solemnemente, que no les venía daño en sus personas ni en sus bienes por cualquier determinación que tomasen, salvo dejallos ir libremente donde quisiesen, y que á quien pareciese seguirle se lo dijese claro, porque se lo había de prometer y firmar de su nombre, y que les apercebia que mirase cada uno lo que prometía, porque el que quebrantase su palabra habiéndosela dado, ó le viese tibio en los negocios hasta la conclusion de la guerra contra quien quiera que la hiciese, le cortaría la cabeza, y que bastaría muy poca sospecha para ello. Luego todos le dijeron juntamente que le seguirían y harían todo lo que les mandase con toda su posibilidad, y que ponían en ello sus personas y haciendas y vidas; otros, pasando más adelante, decían que perderían las ánimas por su servicio, y todos daban grandes razones para fundar la justificación de la guerra, encaresciendo la merced que Gonzalo Pizarro les hacía en tomar á su cargo esta empresa; y otros decían otras vanidades y lisonjas, no dignas de escribirse, por contentar y asegurar al tirano. Y luego Gonzalo Pizarro sacó escrita en un papel más á la larga esta proposición, y hizo que el licenciado Cepeda jurase al pié della de la cumplir, y obedecer á Gonzalo Pizarro en todo cuanto le mandase, y se lo mandó firmar, y tras él firmaron todos los demás. Y hecho esto, se acordó que Juan de Acosta se partiese la vía del Cuzco por la sierra con trecientos hombres, de los cuales fué por maestre de campo Paez de Soto-Mayor, y por capitán de gente de á caballo Martín Dolmos, y por capitán de arcabuceros Diego de Gumiel, y de piqueros Martín de Almendras, y dieron el estandarte á Martín de Alarcón; y desta manera prosiguió su camino la vía del Cuzco contra Diego Centeno.